

El libro de Daniel - Número sesenta

La oración de Daniel y el secreto del octavo reino: Una revelación de los últimos días

Jeff Pippenger
2024-01-24

En los capítulos diecisiete y dieciocho de Apocalipsis, un ángel le muestra a Juan la visión del juicio del papado. En el desglose de su juicio final, se representan los reinos de la profecía bíblica.

Y aquí está la mente que tiene sabiduría: las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer. Y son siete reyes: cinco han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando viniere, debe permanecer breve tiempo. Y la bestia que era, y no es, ella misma es la octava, y procede de las siete, y va a perdición. Apocalipsis 17:9–11.

Juan había sido llevado espiritualmente al año 1798, donde se le instruyó que las siete cabezas de la bestia que llevaba a la mujer papal eran siete reyes. Un rey es un reino, y un reino es también una cabeza en la profecía bíblica. En 1798, cinco reinos habían caído y uno gobernaba entonces. Un séptimo reino aún era futuro, y estaba representado por diez reyes. Luego se le informó a Juan que el octavo reino era la bestia papal, que era de los siete. El papado era el quinto reino y había recibido una herida mortal, de modo que, cuando su herida mortal sea sanada, entonces se convierte en la octava cabeza, que es de los siete.

En Daniel capítulo dos, los primeros cuatro reinos son Babilonia, Medo-Persa, Grecia y Roma. Esos cuatro reinos literales también representan cuatro reinos espirituales, y juntos identifican a los ocho reyes, o cabezas, de Apocalipsis diecisiete, porque Jesús siempre ilustra el fin de una cosa con el principio de la misma. El capítulo dos de Daniel es la primera mención de los reinos en la profecía bíblica, y Apocalipsis diecisiete es la última mención, de modo que deben concordar, porque Dios nunca cambia.

El quinto reino que había caído en 1798 era Babilonia espiritual, el papado. El sexto reino que estaba en el poder en 1798 era el reino de dos cuernos que había sido prefigurado por el reino de dos cuernos de los medos y persas. El séptimo reino, que consta de diez reyes, quienes en 1798 aún no habían venido, es el gobierno único mundial, que había sido prefigurado por Grecia, el gobierno mundial de Alejandro Magno. La octava cabeza, que era de las siete, fue el quinto reino que había recibido una herida mortal, pero volvió a vivir cuando la herida mortal fue sanada.

El juicio de la gran ramera ocurre en la "hora" de la crisis de la ley dominical, es decir, un período de tiempo que comienza con la ley dominical en los Estados Unidos y continúa a lo largo de la historia hasta que se cierre la probación humana. En esa "hora", que en Daniel se identifica como "los días de estos reyes", Dios establecerá su reino. En esa "hora" se está derramando la lluvia tardía.

“La lluvia tardía viene sobre aquellos que son puros; entonces todos la recibirán como antes.

"Cuando los cuatro ángeles suelten, Cristo establecerá su reino. Nadie recibe la lluvia tardía sino quienes están haciendo todo lo que pueden." Spalding and Magan, 3.

El derramamiento de la lluvia tardía es progresivo, pues corresponde al juicio, y el juicio es progresivo. Los milleritas entendían que vivían a los pies de la imagen de Daniel capítulo dos. Creían que Roma era el último reino terrenal, y tenían razón, pero su comprensión era limitada.

Los "días de estos reyes" sí aparecen en la historia del reino de Roma, pero no se trata de la historia de la Roma pagana ni de la papal, sino de la Roma moderna. Los mileritas consideraron la Roma pagana y la papal como un solo reino y, al hacerlo, utilizaron un pasaje del libro de Ezequiel relativo al último rey de Judá (Sedequías) para respaldar su interpretación.

Y tú, príncipe profano y malvado de Israel, cuyo día ha llegado, cuando la iniquidad tendrá fin, así dice el Señor Dios: quita la diadema y quita la corona; esto no será lo mismo: exalta al que está abajo y humilla al que está alto. Trastornaré, trastornaré, trastornaré esto; y no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho; y se lo daré. Ezequiel 21:25-27.

A partir de Sedequías habría tres reinos que serían "trastornados", que conducirían a Cristo, a quien "le corresponde el derecho" de reinar. Los reinos de Babilonia, Medo-Persia y Grecia serían derrocados hasta el reino de Roma, y durante la historia de ese cuarto reino, Cristo vendría y establecería un reino. Eso fue precisamente lo que hizo.

A la cabeza de los que conducían rápidamente a la nación a la ruina estaba Sedequías, su rey. Abandonando por completo los consejos del Señor dados por medio de los profetas, olvidando la deuda de gratitud que tenía con Nabucodonosor, violando su solemne juramento de lealtad hecho en el nombre del Señor Dios de Israel, el rey de Judá se rebeló contra los profetas, contra su benefactor y contra su Dios. En la vanidad de su propia sabiduría acudió en busca de ayuda al antiguo enemigo de la prosperidad de Israel, "enviando a sus embajadores a Egipto, para que le dieran caballos y mucha gente".

"¿Prosperará?", preguntó el Señor acerca de aquel que así había vilmente traicionado toda confianza sagrada; "¿escapará el que hace tales cosas? ¿O quebrantará el pacto y será librado? Vivo yo, dice el Señor Dios, que ciertamente en el lugar donde mora el rey que lo hizo rey, cuyo juramento despreció y cuyo pacto quebrantó, con él, en medio de Babilonia, morirá. Ni Faraón, con su poderoso ejército y gran multitud, le ayudará en la guerra: ... por cuanto despreció el juramento al quebrantar el pacto, cuando, he aquí, había dado su mano, y hecho todas estas cosas, no escapará." Ezequiel 17:15-18.

"Había llegado el día de la rendición de cuentas final para el 'príncipe profano y malvado'. 'Quita la diadema', decretó el Señor, 'y quita la corona'. A Judá no se le permitiría volver a tener rey hasta que Cristo mismo estableciera su reino. 'Yo lo trastornaré, lo trastornaré, lo trastornaré', fue el edicto divino respecto al trono de la casa de David; 'y no será más, hasta que venga aquel a quien le corresponde el derecho; y se lo daré.' Ezequiel 21:25-27." Profetas y Reyes, 450, 451.

Miller tenía razón, pero su comprensión era limitada, pues el reino que Cristo instauró cuando anduvo entre los hombres no era el reino terrenal final. Aún habrían de surgir cuatro reyes después

del reino de la Roma pagana. Con todo, Cristo sí estableció el reino de "gracia" en la cruz, pero ese reino no fue instaurado en los días de los diez reyes de Apocalipsis diecisiete, ni fue establecido durante el tiempo de la lluvia tardía. El reino que Cristo establece en los últimos días es su reino de "gloria". La hermana White habla directamente de ambos reinos.

Los milleritas entendieron que Cristo estableció un reino durante la historia del cuarto reino, y tenían razón, pero su comprensión era limitada. En la historia del cuarto reino, Cristo estableció el reino de "gracia", y en la historia del octavo reino, estableció su reino de "gloria". En la historia en que estableció el reino de "gracia", el Espíritu Santo fue derramado en Pentecostés. Pentecostés tipifica el derramamiento de la lluvia tardía, en la historia en que establece su reino de "gloria".

El mensaje de Pentecostés fue el mensaje de la resurrección literal de Cristo. El mensaje de la lluvia tardía, al menos en parte, es el mensaje de la resurrección simbólica representada por el enigma profético de que el octavo es de los siete, lo cual se cumple en la bestia, y también por los dos cuernos de la bestia de la tierra. Los reinos cuarto y octavo son donde Cristo establece su reino.

El anuncio que había sido hecho por los discípulos en el nombre del Señor era correcto en todos sus detalles, y los acontecimientos a los que señalaba ya estaban teniendo lugar. "El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios se ha acercado", había sido su mensaje. Al expirar "el tiempo", las sesenta y nueve semanas de Daniel 9, que habían de extenderse hasta el Mesías, "el Ungido", Cristo había recibido la unción del Espíritu después de su bautismo por Juan en el Jordán. Y el "reino de Dios" que ellos habían declarado que estaba cerca fue establecido por la muerte de Cristo. Este reino no era, como se les había enseñado a creer, un imperio terrenal. Tampoco era aquel reino futuro e inmortal que será establecido cuando "el reino y el dominio, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, sean dados al pueblo de los santos del Altísimo"; ese reino eterno, en el cual "todos los dominios le servirán y obedecerán". Daniel 7:27. Según se usa en la Biblia, la expresión "reino de Dios" se emplea para designar tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. El reino de la gracia es presentado por Pablo en la Epístola a los Hebreos. Después de señalar a Cristo, el compasivo intercesor que "se compadece de nuestras debilidades", el apóstol dice: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia". Hebreos 4:15, 16. El trono de la gracia representa el reino de la gracia; porque la existencia de un trono implica la existencia de un reino. En muchas de sus parábolas, Cristo usa la expresión "el reino de los cielos" para designar la obra de la gracia divina en los corazones de los hombres.

Así, el trono de gloria representa el reino de gloria; y a este reino se alude en las palabras del Salvador: "Cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, y todos los santos ángeles con Él, entonces se sentará en el trono de Su gloria; y delante de Él serán reunidas todas las naciones". Mateo 25:31, 32. Este reino aún es futuro. No será establecido hasta el segundo advenimiento de Cristo.

El reino de la gracia fue instituido inmediatamente después de la caída del hombre, cuando se concibió un plan para la redención de la raza culpable. Entonces existía en el propósito y por la promesa de Dios; y por la fe, los hombres podían llegar a ser sus súbditos. Con todo, no fue realmente establecido hasta la muerte de Cristo. Aun después de iniciar Su misión terrenal, el

Salvador, cansado de la obstinación e ingratitud de los hombres, podría haberse echado atrás del sacrificio del Calvario. En Getsemaní, la copa de aflicción tembló en Su mano. Aun entonces podría haber enjugado el sudor de sangre de Su frente y haber dejado que la raza culpable pereciera en su iniquidad. Si hubiera hecho esto, no habría habido redención para los hombres caídos. Pero cuando el Salvador entregó Su vida, y con Su último aliento clamó: 'Consumado es', entonces quedó asegurado el cumplimiento del plan de redención. La promesa de salvación hecha al par pecador en el Edén fue ratificada. El reino de la gracia, que antes había existido por la promesa de Dios, fue entonces establecido.

Así, la muerte de Cristo —el mismo acontecimiento que los discípulos habían considerado como la destrucción final de su esperanza— fue lo que la aseguró para siempre. Aunque les había traído una cruel desilusión, fue la prueba culminante de que su creencia había sido correcta. El suceso que los había llenado de luto y desesperación fue el que abrió la puerta de la esperanza a cada hijo de Adán, y en el cual se centraban la vida futura y la felicidad eterna de todos los fieles de Dios en todas las edades.

Propósitos de infinita misericordia estaban llegando a su cumplimiento, aun por medio de la desilusión de los discípulos. Si bien sus corazones habían sido ganados por la gracia divina y el poder de su enseñanza, de aquel que 'habló como jamás hombre habló', sin embargo, entremezclada con el oro puro de su amor por Jesús, estaba la vil aleación del orgullo mundano y de ambiciones egoístas. Aun en el aposento de la Pascua, en aquella hora solemne cuando su Maestro ya estaba entrando en la sombra de Getsemaní, hubo 'una disputa entre ellos, sobre quién de ellos había de ser el mayor'. Lucas 22:24. Su visión estaba colmada por el trono, la corona y la gloria, mientras que delante de ellos yacían la vergüenza y la agonía del huerto, la sala del juicio, la cruz del Calvario. Fue su orgullo de corazón, su sed de gloria mundana, lo que los había llevado a aferrarse tan tenazmente a la falsa enseñanza de su tiempo y a pasar por alto las palabras del Salvador que mostraban la verdadera naturaleza de su reino y señalaban hacia su agonía y su muerte. Y estos errores resultaron en la prueba —dura pero necesaria— que fue permitida para su corrección. Aunque los discípulos habían interpretado mal el significado de su mensaje y no habían visto realizadas sus expectativas, habían predicado, no obstante, la advertencia que Dios les había dado, y el Señor recompensaría su fe y honraría su obediencia. A ellos se les iba a confiar la obra de proclamar a todas las naciones el glorioso evangelio de su Señor resucitado. Para prepararlos para esta obra fue que se permitió la experiencia que les había parecido tan amarga. La gran controversia, 347, 348.

En el libro del Apocalipsis, la "mente que tiene sabiduría" cuenta "el número de un hombre", y reconoce que "el hombre" es también el octavo reino, que es de los siete. El "hombre de pecado" es la cabeza del octavo reino, el cual gobierna sobre los reyes y los mercaderes de la tierra, con el cual las siete iglesias se unen para evitar el oprobio de la persecución, y el cual está sentado sobre muchas aguas.

Y me dijo: Las aguas que viste, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. Apocalipsis 17:15.

El "hombre de pecado" gobierna sobre el mundo político, monetario, religioso y civil, y sobre todos los hombres, excepto aquellos que han obtenido la victoria sobre la bestia y su imagen, su

marca y el número de su nombre.

Y vi como un mar de cristal mezclado con fuego; y a los que habían obtenido la victoria sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre, de pie sobre el mar de cristal, con arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los santos. Apocalipsis 15:2, 3.

Los "sabios" que entienden el "aumento del conocimiento", cuando la Revelación de Jesucristo es desellada, son aquellos que tienen "entendimiento" y "cuentan el número de la bestia: porque es número de hombre; y su número es seiscientos sesenta y seis". Ese "entendimiento" representa parte del proceso de prueba de tres pasos que siempre ocurre cuando Jesús desella una profecía. Por eso se señala que han "obtenido la victoria sobre" "el número de su nombre".

Obtener la victoria es superar una prueba, y los que son "sabios" y "entienden" obtienen la victoria asociada con el número 666, y el versículo también identifica que hay ocho reinos, y que el octavo es de los siete. Ese "secreto" está representado en Daniel capítulo dos, pues la oración de Daniel era entender "el secreto". La revelación de que hay ocho reinos, y que el octavo reino es de los siete, y que el número de ese reino es 666, es el secreto que se presenta como obtenido por Daniel mediante su oración, y Daniel representa a los "sabios" de los últimos días de Dios.

Daniel representa a los "sabios" de los últimos días, a quienes se les ha desellado el secreto de Daniel dos, y ese secreto es la revelación de que, en la imagen, hay ocho reinos, lo cual constituye tanto la última como la primera referencia a los reinos de la profecía bíblica. Esa revelación sostiene la comprensión milerita del capítulo dos de Daniel, pero brilla diez veces más, una vez que se reconoce. Su brillo, al ser diez veces mayor, representa una prueba que los "sabios" vencen, pues el octavo reino, que es de los siete, es también el sexto reino, que es una triple unión del dragón, la bestia y el falso profeta. Por lo tanto, el dragón, la bestia y el falso profeta son todos el sexto reino, y juntos representan 666.

Nabucodonosor fue probado por la revelación del capítulo dos de Daniel, y no pasó la prueba. En Daniel dos, Daniel representa a los "sabios" que superan la prueba del secreto de la imagen. Nabucodonosor, en el capítulo tres, representa a los impíos que fallan esa misma prueba. Nabucodonosor, como el primer rey del primer reino, representa al último rey del último reino. Por lo tanto, representa al "hombre de pecado", el hombre de la profecía al que se aferran las siete iglesias. El hombre fue creado en el sexto día, y por lo tanto el número seis es el número de la humanidad. El número de Nabucodonosor es seis. Nabucodonosor no superó la prueba del número 666 y representó a los impíos de los últimos días. Como símbolo del hombre de pecado, su número es seis.

El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos y su anchura de seis codos; la levantó en la llanura de Dura, en la provincia de Babilonia. Daniel 3:1.

La imagen de oro medía sesenta codos por seis codos y fue hecha por Nabucodonosor, cuyo número es seis. La imagen fue erigida en rebelión contra la luz de la imagen del capítulo dos, y la

triple descripción de la imagen, cuando se entiende que el número de Nabucodonosor es seis, equivale a seis, seis, seis.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

La idea de establecer el imperio y una dinastía que perdurara para siempre ejerció un fuerte atractivo sobre el poderoso gobernante ante cuyas armas las naciones de la tierra no habían podido mantenerse en pie. Con un entusiasmo nacido de una ambición sin límites y de un orgullo egoísta, consultó con sus sabios acerca de cómo lograrlo. Olvidando las notables providencias relacionadas con el sueño de la gran imagen; olvidando también que el Dios de Israel, por medio de su siervo Daniel, había dejado claro el significado de la imagen, y que, en relación con esa interpretación, los grandes del reino habían sido librados de una muerte ignominiosa; olvidando todo salvo su deseo de establecer su propio poder y supremacía, el rey y sus consejeros de Estado determinaron que, por todos los medios posibles, se esforzarían por exaltar a Babilonia como suprema y digna de lealtad universal.

La representación simbólica mediante la cual Dios había revelado al rey y al pueblo Su propósito para las naciones de la tierra, iba ahora a ser utilizada para la glorificación del poder humano. La interpretación de Daniel iba a ser rechazada y olvidada; la verdad iba a ser malinterpretada y aplicada indebidamente. El símbolo diseñado por el Cielo para revelar a las mentes de los hombres importantes acontecimientos del futuro, iba a ser usado para impedir la difusión del conocimiento que Dios deseaba que el mundo recibiera. Así, por medio de las maquinaciones de hombres ambiciosos, Satanás procuraba frustrar el propósito divino para la raza humana. El enemigo de la humanidad sabía que la verdad no mezclada con error es una fuerza poderosa para salvar; pero que, cuando se usa para exaltar el yo y promover los planes de los hombres, se convierte en una fuerza para el mal.

"De su rico tesoro, Nabucodonosor mandó hacer una gran imagen de oro, semejante en sus rasgos generales a la que se había visto en visión, salvo en un aspecto: el material del que estaba compuesta. Acostumbrados como estaban a magníficas representaciones de sus deidades paganas, los caldeos nunca habían producido antes nada tan imponente y majestuoso como esta estatua resplandeciente, de sesenta codos de altura y seis codos de anchura. Y no es de extrañar que, en una tierra donde la adoración de ídolos era de práctica universal, la hermosa imagen de valor incalculable en la llanura de Dura, que representaba la gloria de Babilonia y su magnificencia y poder, fuera consagrada como objeto de adoración. En consecuencia, se dispuso así, y se promulgó un decreto según el cual, el día de la dedicación, todos debían mostrar su suprema lealtad al poder babilónico postrándose ante la imagen." Profetas y reyes, 504, 505.